

Aretousa Giannakou

**Lectura crítica del estudio historiográfico-literario *Breve historia de la literatura chilena*
de Hugo Montes Brunet**

Universidad de Chile

aretous@gmail.com

El presente trabajo abarca una mirada crítica sobre el libro de historia de la literatura chilena que se menciona en el título. En la primera parte se presenta en orden el contenido de dicha obra y a continuación se exponen comentarios sobre el mismo, abordando críticamente las decisiones tomadas por el autor en su redacción y los temas de la delimitación del *corpus*, la periodización, sus logros y deficiencias y otras de sus características específicas como obra de historia de la literatura.

Presentación de la obra

El autor de la obra, Hugo Montes Brunet, nacido en 1926 en Chile, es abogado y pedagogo en castellano por la Universidad de Chile y doctor en Filología Románica por la Universidad de Freiburg, Alemania. Ha publicado numerosos libros y textos de estudio sobre temas de su especialidad. Entre las diversas distinciones que ha recibido, se encuentra el Premio Nacional de Ciencias de Educación (1995).

La *Breve historia de la literatura chilena* de Hugo Montes Brunet ofrece un breve y limitado panorama de la literatura chilena, que comprende cinco siglos (XVI-XX). El libro, como

se señala en el prólogo, se lee de manera fácil, permitiendo obtener una visión general de las principales obras de los escritores chilenos más reconocidos y del ámbito histórico en que fueron creadas. La propuesta de Hugo Montes establece tres partes según orden cronológico: 1) Conquista y Colonia, 2) La República (Siglo XIX) y 3) La República (Siglo XX), que se subdividen a su vez en capítulos que en su mayoría son de corta extensión.

Conquista y Colonia

La primera parte, titulada “Conquista y Colonia”, se divide en siete capítulos. Comienza con una referencia a la geografía de Chile y al marco histórico dentro del cual se inicia, según el autor, la literatura chilena, en el siglo XVI, con las “*Cartas de Pedro de Valdivia*”, que es el tema del primer capítulo. Como señala el autor al respecto: “sus once *Cartas de Relación* constituyen el primer escrito nacido en Chile” (15), las cuales “aunque no tenían una intención propiamente artística, merecen el título de inicio de nuestra literatura por la propiedad del lenguaje, la claridad expresiva y aun por la belleza que alcanzan en ciertas descripciones” (15).

El segundo capítulo llamado “El español del Renacimiento y *La Araucana*”, como lo indica el título, trata de la lengua española del siglo XVI y el poema épico *La Araucana* de Alonso de Ercilla y Zúñiga, el cual el autor vincula con *La Iliada* de Homero y *La Eneida* de Virgilio. Además, analiza las influencias europeas que hubo en la creación de dicha obra, hace comparación con la obra de Ludovico Ariosto *Orlando Furioso* y también expone el desarrollo de la métrica en la poesía a partir del endecasílabo de la Edad Media hasta la octava real de *La Araucana* del siglo XVI.

El tercer capítulo “Poesía Épico-Lírica de Pedro de Oña” se refiere a la obra *Arauco Domado* de Pedro de Oña, poema épico inspirado de *La Araucana*, el cual el autor pone en paralelo y contraposición con otro poema épico de la misma época, *Purén Indómito* de Diego Arias de Saavedra, ambos de fines del siglo XVI. Se subraya el hecho de que el escritor Pedro de

Oña fuera el primer escritor nacido en Chile (ya que Pedro de Valdivia y Alonso de Ercilla eran españoles).

El cuarto capítulo “Prosa de Alonso de Ovalle” en su mayor parte se dedica a la presentación de la obra *Histórica Relación del Reino de Chile*, escrita por el jesuita misionero, padre Alonso de Ovalle durante el siglo XVII y considerada por el autor como el inicio de la prosa literaria de Chile. Se hace una comparación entre la intención literaria de la obra de Alonso de Ovalle con la de Alonso de Ercilla. En la última parte del capítulo se presenta también la obra *Historia General del Reino de Chile* escrita por otro jesuita, el padre Diego Rosales, por las semejanzas en las obras de ambos autores.

En el quinto capítulo “*Cautiverio Feliz* de Pineda y Bascuñán” se presenta al último autor chileno del siglo XVII, Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán con su libro *Cautiverio Feliz*, de rasgos de novela autobiográfica, en la que su autor dirige su mirada a la vida cotidiana, dejando atrás la vida heroica cantada en el siglo XVI.

El sexto capítulo “Escritores de la Ilustración” comienza dando el marco histórico del siglo XVIII en España y sus reinos ultramarinos y la repercusión de éste en Chile. Sigue la presentación de dos jesuitas chilenos expulsados, de “especial significación en las letras” (45): el padre Manuel Lacuzna, con su obra de interés teológico *Venida de Mesías en gloria y majestad*, y el abate Juan Ignacio Molina con sus dos obras de estudio sobre las ciencias naturales, el *Compendio de la Historia Geográfica, Natural y Civil del Reino de Chile* y su ampliación, *Ensayo sobre la Historia Natural de Chile*. Las obras mencionadas se publicaron en Europa.

El séptimo y último capítulo de la primera parte es una mirada global de la época colonial, desde una doble perspectiva: en su conjunto y diferenciada en sus tres siglos, destacando como representante mayor a Ercilla para el siglo XVI, Ovalle para el siglo XVII y Lacuzna para el siglo XVIII.

La República (Siglo XIX)

La segunda parte del libro, titulada “La República (Siglo XIX)”, se divide en ocho capítulos. Comienza con una introducción en la que se da el marco histórico de los cambios políticos y culturales que condujeron al advenimiento de la República.

El segundo capítulo “Camilo Henríquez, Juan Egaña y Diego Portales” hace referencia a la vida y obra de los tres hombres indicados en el título, de los cuales ninguno fue propiamente escritor, “merecen, sin embargo, ser recordados en esta Historia por la claridad y la significación de sus escritos” (60): Camilo Henríquez, fraile periodista, con actitud antimonárquica, expresada principalmente en el periódico *Aurora de Chile*, Juan Egaña, académico, jurista y político con su obra *El chileno consolado en los presidios. Filosofía de la República*, y Diego Portales, el político más destacado de Chile en el siglo XIX, según el autor, con cartas privadas “dignas del mejor género epistolar” (62).

El tercer capítulo llamado “Extranjeros en Chile: Bello, Mora, Sarmiento” incumbe a la obra de esos tres escritores no chilenos: Andrés Bello, humanista venezolano, José Joaquín Mora, científico y poeta español, y Domingo Faustino Sarmiento, periodista argentino, hombres que en sus respectivos ámbitos hicieron aportes de enorme importancia en Chile, sin separar en su vida la actividad ideológico-política de la literaria y con una actitud polémica, como informa el autor. Se hace hincapié a los aportes que se dieron en el campo literario.

El cuarto capítulo se llama “Movimiento literario del 42”. Se trata de una mirada a la década de 1840, en la que predominan las personalidades de Andrés Bello, de Domingo Faustino Sarmiento y del jurista, filósofo, político y periodista José Victorino Lastarria. Con la colaboración de estos hombres nacen instituciones importantes como la Universidad de Chile, la Escuela Normal y la Sociedad Literaria, respectivamente. El autor hace hincapié al “bendito año 1842” (75), durante el cual sobresalen la institución de la Universidad de Chile y la obra de Andrés Bello.

El quinto capítulo se refiere a la biografía y la obra literaria de Alberto Blest Gana, considerado por la crítica el primer novelista de Chile, quien “llegó a ser un Balzac chileno” (77). Se señalan las novelas *El loco de estero*, *Martín Rivas*, *Los trasplantados*, *El ideal de un calavera* y *Durante la Reconquista*. A pesar de escribir novelas importantes a principios del siglo XX, a Alberto Blest Gana se caracteriza como autor del siglo XIX. Hugo Montes explica esto en la introducción de la parte dedicada a la narrativa del siglo XX.

El sexto capítulo titulado “Un memorialista y varios historiadores” se refiere en su mayor parte al escritor chileno Vicente Pérez Rosales y su libro más conocido, *Recuerdos del pasado*. En segundo lugar, el autor presenta a Benjamín Vicuña Mackenna en su calidad de escritor, historiador e investigador, destacando las obras: *Historia General del Reino de Chile* (trabajo de investigación), *Los Lisperguer y la Quintrala* e *Historia de Santiago*. Es también él que inicia el género biográfico en Chile. En último lugar se mencionan los escritores Diego Barros Arana con su *Historia de Chile* y su discípulo José Toribio Medina con *La Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional*.

El séptimo capítulo “Hacia la poesía” se refiere de nuevo a Andrés Bello, quien, según el autor, inició propiamente la poesía lírica en Chile. Se mencionan algunos de sus continuadores de menor alcance: Salvador Sanfuentes, Mercedes Marín Del Solar, Guillermo Blest Gana y Guillermo Matta. Luego, se expone, por un lado, la nueva lírica del modernismo de Rubén Darío y, por otro, la de Gustavo Adolfo Bécquer y sus influencias no inmediatas en la creación poética de Chile.

El octavo y último capítulo de la segunda parte, titulado “Cuentos de Baldomero Lillo y Federico Gana” hace referencia al comienzo del cuento en Chile relacionado con los cuadros de costumbres. Se mencionan los nombres de José Joaquín Vallejo (Jotabeche) con su cuento *El Carnaval*, Daniel Riquelme con sus relatos *Bajo la tienda* y *La derrota de Calama*, Baldomero Lillo, quien inaugura propiamente el cuento en Chile con su colección de cuentos *Sub Terra*, junto con Federico Gana con su libro *Días de campo*. Por último se anota a Joaquín Díaz Garcés con sus libros *Páginas Chilenas* y *Páginas de Ángel Pino*. Cabe señalar aquí que aunque las

colecciones de cuentos de Baldomero Lillo aparecen en la primera década del siglo XX, el autor lo clasifica entre los autores del siglo XIX, justificando esto en la introducción de la tercera parte de su libro, dedicada a la narrativa del siglo XX.

La República (Siglo XX)

La tercera y última parte del libro se titula “República (Siglo XX)” y se divide en cuatro unidades, las cuales se establecen según el género: A. Narrativa, B. Poesía, C. El drama y D. Literatura de ideas, y se subdividen a su vez en capítulos. Cabe destacar que esta última parte del libro ocupa más de la mitad de las páginas de la *Breve historia de la literatura chilena*.

A. Narrativa

La primera unidad “Narrativa” se subdivide en cinco capítulos, comenzando con una introducción en la cual se exponen las razones por las cuales la literatura chilena alcanza su gran desarrollo y presencia significativa en el extranjero durante el siglo XX. Se explican también los motivos por los cuales el autor opta por distinguir y detenerse en su obra en las figuras más destacadas de la narrativa chilena de esta época. Asimismo, en este punto justifica la clasificación de determinados autores, como Guillermo Blest Gana y Baldomero Lillo, en la producción literaria del siglo XIX y no del siglo XX.

El segundo capítulo titulado “La novela naturalista” se refiere principalmente a los novelistas chilenos Luis Orrego Luco con su obra *Casa Grande* y Augusto D’Halmar con su obra *Juana Lucero*. Ambos libros se publican en la primera década del siglo XX y presentan el determinismo naturalista. Además, en este capítulo se mencionan nombres de otros novelistas chilenos como Salvador Reyes, Luis Enrique Délano y Jenaro Prieto.

El tercer capítulo con el título “El Criollismo” ofrece las características principales del criollismo literario en Chile y expone la obra *Zurzulita* del más genuino representante de este

movimiento según el autor, Mariano Latorre (Premio Nacional de Literatura 1944). Otros nombres de autores chilenos del criollismo que se mencionan aquí son: Luis Durand, Daniel Belmar y Fernando Santiván.

El cuarto capítulo “De Marta Brunet a Manuel Rojas” dedica su mayor parte a los autores que indica su título. De Marta Brunet (Premio Nacional de Literatura 1961), que según el autor encabeza la narrativa femenina en Chile, destaca las obras *La Mampara* y *María Nadie*, la última es según el juicio del autor, la obra más lograda de la escritora chilena. A continuación, aparecen nombres y obras de escritores chilenos como María Luisa Bombal, María Flora Yáñez y María Carolina Geel. En la obra de Eduardo Barrios (Premio Nacional de Literatura 1946) el autor destaca las novelas *El niño que enloqueció de amor*, *El hermano Asno* y *Gran Señor y rajadiablos*. Las siguientes páginas se dedican al novelista Manuel Rojas (Premio Nacional de Literatura 1957), donde se presenta extensamente la novela *Hijo de ladrón*, por la cual, según el autor, la narrativa chilena “alcanzó la universalidad que le faltaba” (117). Luego, se menciona al novelista José Santos González Vera (Premio Nacional de Literatura 1950) para llegar a Francisco Coloane (Premio Nacional de Literatura 1964) y presentar sus dos novelas *El último grumete de la Baquedano* y *El camino de la ballena*. Por último se mencionan a los novelistas Carlos Droguet (Premio Nacional de Literatura 1970) y Carlos León.

El quinto y último capítulo de la unidad de la narrativa, llamado “Nuevos Narradores”, se refiere a cuatro autores más contemporáneos: José Donoso, Guillermo Blanco, Enrique Lafourcade y Jorge Edwards. Partiendo del premiado escritor Enrique Lafourcade, el autor se detiene en sus obras *Pena de Muerte*, la cual considera la mejor novela de Lafourcade joven, y *Novela de Navidad*. Guillermo Blanco se destaca en una serie de novelistas como Oscar Castro, González Vera, Carlos Ruiz-Tagle, José Luis Rosasco, Jaime Valdivieso y José Manuel Vergara entre otros, con sus obras *Gracia y el forastero* y *Cuentos Completos* y también se asocia con el novelista y pintor Adolfo Couve. De José Donoso se señalan las obras *Veraneo y otros cuentos*, *Coronación*, *El obsceno pájaro de la noche*, *El jardín de al lado* y *Tres novelitas burguesas*. Además, en este punto se habla de las influencias de escritores hispanoamericanos no chilenos

como Alejo Carpentier, Juan Rulfo, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Ernesto Sábato, Julio Cortázar y Carlos Fuentes. Por último, de Jorge Edwards se señalan las obras *Gente de la ciudad*, *El peso de la noche*, *El museo de cera*, *Persona non grata* y *Adiós poeta*, entre otras.

B. Poesía

La segunda unidad se refiere a la “Poesía” del siglo XX y en su primer capítulo, titulado “Ecos del Modernismo” se presentan los precursores de la primera mitad del siglo XX de los tres grandes poetas chilenos, Gabriela Mistral, Pablo Neruda y Vicente Huidobro. Al juicio del autor, el nombre que encabeza a estos poetas que inician la mejor poesía de Chile y “aun de Hispanoamérica” (132) es Carlos Pezoa Véliz, de quien resaltan las obras *Alma chilena* y *Poesía y Prosas completas*. Sigue la mención a Diego Dublé Urrutia y a Carlos Mondaca. A continuación se señala el poeta Manuel Magallanes Moure, se hace una simple mención a Julio Vicuña Cifuentes, para llegar a la presentación de Pedro Prado (Premio Nacional de Literatura 1949), quien se considera el principal autor de la primera mitad del siglo XX. Sigue la presentación de los poetas Juan Guzmán Cruchaga, Ángel Cruchaga Santa María, Humberto Díaz Casanueva junto con Rosamel del Valle y Julio Barrenechea (Premio Nacional de Literatura 1960) junto con Óscar Castro. Por último se citan los nombres de poetas de la misma época, pero de significación local, según el autor: Andrés Sabella, Venancio Lisboa y Ángel Custodio González.

El segundo capítulo titulado “Grandes Poetas” se refiere a la obra de los destacados: Gabriela Mistral, Vicente Huidobro y Pablo Neruda. Comenzando con Gabriela Mistral (Premio Nobel de Literatura 1945, Premio Nacional de Literatura 1951) se señalan sus obras principales: *Desolación*, *Ternura*, *Lagar* y *Tala*, esta última es, según el autor, “la cúspide de la autora” (149). Se mencionan también nombres de poetisas asociadas a ella. Sigue Vicente Huidobro, caracterizado el más genuino representante de la Vanguardia en Chile, se habla de las

características del creacionismo y entre sus obras se destacan *Altazor* y *Poemas Árticos*. Además, se hace referencia al narrador Juan Emar y a poetas chilenos entre los discípulos de Huidobro relacionados con el grupo Mandrágora (1938): Braulio Arenas (Premio Nacional de Literatura 1984) y Eduardo Anguita (Premio Nacional de Literatura 1988). A continuación, viene Pablo Neruda con la exposición de las características principales de su creación literaria y sus obras *Crepusculario*, *Veinte poemas de amor*, *Residencia en la Tierra*, *Canto General*, *Odas elementales*, *Memorial de Isla Negra* y *Confieso que he vivido*. En esta parte el autor omite mencionar el Premio Nacional de Literatura (1945) y el Premio Nobel de Literatura (1971) que alcanzó dicho poeta. El capítulo termina con la presentación del poeta Pablo de Rokha (Premio Nacional de Literatura 1965).

El tercer capítulo está dedicado a la “Antipoesía”, término que acuñó Nicanor Parra, su principal representante, con su libro *Poesía y Antipoesía*. Se señala su obra poética *Artefactos* y se mencionan los títulos de sus demás obras. A Gonzalo Rojas (varios premios) al autor le cuesta clasificarlo entre los poetas vanguardistas, del realismo social, antipoetas o creacionistas, sin embargo lo incluye en este capítulo. Se presentan sus principales obras: *La miseria del hombre*, *Contra la muerte*, *Oscuro*, *Del relámpago*, *Las Hermosas*, con las características principales de su creación poética.

El cuarto capítulo “Poetas Contemporáneos”, presenta a poetas nacidos en las décadas de 30 y 40, entre los cuales se destaca Miguel Arteche. Se hace mención también a Eliana Navarro, Rosa Cruchaga, José Miguel Ibáñez, Joaquín Alliende, Enrique Lihn, Efraín Barquero, Floridor Pérez, Sergio Hernández, Fidel Sepúlveda, Fernando González-Urizar, Francisco Mesa Seco, Armando Uribe (Premio Nacional de Literatura 2004), Alberto Rubio, David Rosenmann Taub, Delia Domínguez, Oscar Hahn, Pedro Lastra, con la última parte dedicada a la presentación de Jorge Teillier.

C. El drama

La tercera unidad de la última parte está dedicada al “drama” y se divide en dos capítulos. El primero, “Comienzos de siglo”, se refiere a la producción literaria dramática de la primera mitad del siglo XX, con sus mayores representantes y sus obras: Germán Luco Cruchaga, Armando Mooch y Antonio Acevedo Hernández con los dramas: *La viuda de Apablaza*, *El Pueblecito* y *Chañarcillo* respectivamente. También se mencionan nombres de destacados actores y actrices de esa época.

El segundo capítulo “Segunda mitad del siglo” comienza presentando el marco cultural de dicha época y se detiene en sus mayores representantes con sus principales obras: Fernando Debesa con la comedia *Mama Rosa*, Isidora Aguirre con su comedia musical *La pérgola de las flores* y también *Los papeleros*, *Población esperanza* y *Lautaro*, Egon Wolf con su drama *Los invasores*, Luis Alberto Heiremans con su creación *El Abanderado* y por último Jorge Díaz con el drama del teatro del absurdo *El cepillo de dientes*.

D. Literatura de ideas

Finalmente, la cuarta y última unidad titulada “Literatura de ideas” se divide en dos capítulos. El primero, “Nuestros historiadores”, hace referencia a historiadores cuya obra se acerca a la literatura, según el autor: Francisco Antonio Encina, Alberto Edwards, Jaime Eyzaguirre, Gonzalo Vial Correa, Mario Góngora, Guillermo Feliz Cruz, Eugenio Pereira Salas, Gabriel Guarda, Sergio Villalobos y Alfredo Joselyn-Holt.

El segundo y último capítulo de la unidad y del libro se titula “Críticos literarios y ensayistas” y abarca: 1) Escritores de estudios historiográficos acerca de la literatura chilena, utilizados en la redacción del libro, quienes se presentan por orden alfabético: Alone, Fernando Alegría, Miguel Luis Amunátegui, Pedro Nolasco Cruz y otros, 2) Comentaristas y críticos

literarios y 3) Autores de ensayos, entre los cuales se destacan Jorge Millas, Luis Oyarzún, Humberto Giannini y Martín Cerda.

Comentarios críticos

Introducción

La *Breve historia de la literatura chilena* se trata de un estudio sucinto, no de historia literaria, sino de historia de literatura, por lo tanto, según la definición de Eva Kushner (ver 138), no abarca una documentación completa sobre todo lo que se ha escrito, publicado, leído, sino implica una selección de autores y textos con base en criterios estéticos, morales, religiosos y políticos. En cuanto al lugar de enunciación, es una obra individual de un estudioso de literatura chileno, por lo tanto tenemos la perspectiva de un solo autor nativo de Chile. En la lectura de este estudio, observamos el uso constante del pronombre posesivo “nuestro” para referirse a los respectivos escritores o géneros literarios, que en este caso se entiende como sinónimo del adjetivo “chileno”. Asimismo, reconocemos el concepto del autor de apreciar la literatura como un medio en el cual se mueve también la información de la historia, pero con limitaciones que se señalan a continuación y sin plantear las variaciones a las que está sujeto el objeto de la historia de la literatura chilena a lo largo de la historia del país.

Comentarios sobre el prólogo

En el breve prólogo que precede la obra, Hugo Montes rechaza explícitamente cualquier pretensión de una obra completa y estrictamente académica. El lector se orienta en lo que no debe esperar de la lectura de esta historia, lectura que el autor imagina antes de entretención y cultura que de erudición. Se señala que no hay notas al pie de página, mayores indicaciones bibliográficas, ni el aparato crítico de una obra propia de especialistas. El autor indica que en su

obra se privilegia la información objetiva y el comentario histórico y estético de textos representativos por sobre las discusiones metodológicas y los puntos de vista parciales y discutibles de teóricos de la literatura. Se dice que la intención es despertar el interés del lector por las obras presentadas. Al fin, comenta el autor, los autores escribieron para “desocupados lectores” y no para estudiosos y analistas especializados.

Este estudio historiográfico de la literatura chilena tiene un final arbitrario, el cual el autor procura justificar en el prólogo. Ahí, Hugo Montes indica que su historia se extiende sólo hasta autores que alcanzan su “madurez” en el siglo XX, con los “emblemáticos” Jorge Edwards (narrativa), Jorge Teillier (poesía) y Jorge Díaz (drama). Admite que este fin es “algo” arbitrario y que hay más literatura chilena después de ellos, la cual, sin embargo, merece estudios distintos de los de dicha *Breve historia*. Hay que cuestionar el concepto de “madurez” que arbitrariamente usa Hugo Montes para justificar la delimitación del término de su historia. Nos preguntamos si este concepto de “madurez” es de hecho cualitativo, cuantitativo o si se asocia solamente al aspecto cronológico, puesto que no se ofrece ninguna aclaración explícita acerca de esto. Por conjetura, sería posible una apreciación de suponer que dichos autores, mejor dicho, la selección de ellos que el autor considera representativa, son los que obtienen cierta consolidación respecto de su creación literaria durante las últimas décadas del siglo pasado. Sin embargo, dado que este concepto de “madurez” no se argumenta, ni se justifica por parte del autor, lo consideramos subjetivo, arbitrario y excluyente.

A pesar de señalar en el prólogo del libro que se privilegia la información objetiva, la decisión del autor de optar por ciertas líneas basadas en determinados criterios, junto con el intento de justificar algunas de sus opciones y dejar otras injustificadas es prueba de la subjetividad de su obra y no de una pretendida objetividad. Sin ir más allá, la misma selección del *corpus* es de hecho subjetiva, como se analiza a continuación. Además, el autor en ciertos casos da explícitamente sus juicios personales, considerando una obra mejor que otras (ver 110, 122) o destacando a un autor entre otros (ver 132). Es evidente y difuso, por lo tanto, el juicio personal valorativo, estético e ideológico del autor, quien de esta manera reduce a la mínima

expresión conceptos como la objetividad y se contradice con lo que sostiene en el prólogo acerca del privilegio de la información objetiva en su estudio historiográfico de la literatura chilena.

Características de la obra

Hugo Montes introduce los capítulos principales de su libro ofreciendo una breve contextualización histórica, con los datos elementales del respectivo marco histórico-social de Chile (también de América Latina, España o Europa en casos concretos), las tendencias socio-políticas y literarias y sus influencias en la producción literaria chilena. Se nota, sin embargo, que los autores son el principal objeto del estudio, de modo que precede siempre una pequeña biografía de cada autor que se presenta de manera más extensa. Se siguen, por ende, normas de la antigua metodología del biografismo, dominante en las historias de literatura tradicionales. Asimismo, se antepone siempre una introducción y reseña de la obra literaria analizada, recurriendo constantemente a citas textuales o incluyendo fragmentos de las obras literarias originales que se analizan de manera más extensa.

En algunos casos notamos la tentativa por parte del autor de proporcionar una perspectiva comparatista, ya que no son escasas las comparaciones entre obras literarias o autores, detectando semejanzas y diferencias entre ellos. Se hacen básicamente entre escritores chilenos, por ejemplo, entre Alonso de Ovalle y Ercilla (ver 31), entre Jotabeche y José Victorino Lastarria (ver 89), entre Baldomero Lillo y Federico Gana (ver 92) y entre otros. También aparece, como mencionamos, la típica comparación y paralelismo entre *La Araucana* de Alonso de Ercilla, *La Iliada* de Homero, *La Eneida* de Virgilio y *Orlando Furioso* de Ludovico Ariosto (ver 18-19), único caso de comparación entre obras de diferentes épocas y culturas.

En la obra apuntamos como logro el deseo del autor de historiar no sólo a escritores de literatura, sino además a algunos historiadores, estudios históricos acerca de la literatura chilena y trabajos de ensayo. El primer capítulo de la última unidad del libro, titulada “Literatura de ideas” se refiere a aquellos historiadores chilenos que “van al estudio del pasado con una sensibilidad y

con una capacidad de ‘escritura’ vecinas a las de los hombres de letras” (207). Asimismo, en el segundo capítulo se presentan, por orden alfabético, los escritores y las obras históricas literarias que Hugo Montes aprovechó para la redacción de su libro. Sin embargo, en este inventario los datos son escasos. Sería interesante y útil especificar, por ejemplo, la formación de estos escritores, si son historiadores, literatos o de otra disciplina, y así aclarar un poco más el campo de la historia literaria/de literatura en Chile con respecto a las personas que la han escrito hasta el momento.

Delimitación del corpus

El autor no define ni cuestiona el concepto y el objeto de la literatura chilena. La propuesta de la *Breve historia de la literatura chilena* de Hugo Montes ofrece una visión de dicha literatura entendida como el *corpus* de textos escritos en español (por ende, un *corpus* unitario y más o menos homogéneo). En cuanto a la delimitación de su objeto de estudio, se nota que el autor comparte la idea de que una literatura deba articularse en una lengua determinada escrita, lo cual constituye un criterio que le permite excluir la tradición oral y las literaturas indígenas como tales de una literatura chilena. En el mismo prólogo justifica su decisión de considerar en su historia solo las obras escritas en español, “no por desprecio de las nacidas en idiomas aborígenes, sino por la necesidad de dar espacio suficiente y unidad a aquellas” (9). Este criterio, que autoriza presentar como nacional una literatura monocultural dentro de una sociedad multicultural, es el que se ha adoptado tradicionalmente en la realización de historias de literatura, probablemente, como apunta Antonio Cornejo Polar, “bajo impulso inicial de las historias de las literaturas nacionales europeas que enfatizaban, como se sabe, la unidad de su materia” (43). Hugo Montes no escapa de esa tradición. En su obra queda entonces suficientemente garantizada la unidad interna del *corpus*, puesto que se trata de un solo sistema literario y del proceso histórico que lo constituye.

Extrapolando lo que sugiere Antonio Cornejo Polar sobre la literatura peruana, no habría que seguir dependiendo de una idea de unidad abstracta (sinónima de parcialidad y fragmentación) que el en fondo es sólo la universalización del patrón dominante, sino al contrario debe postularse la preservación de la multiplicidad, ya que solamente desde esta perspectiva la pluralidad puede convertirse en plenitud (ver 31). El mismo crítico literario subraya la urgencia de reformular sustancialmente el *corpus* de las literaturas nacionales de América Latina (ver 39).

Más concretamente, en cuanto a la selección y delimitación del *corpus* de la *Breve historia*, Hugo Montes sigue la línea de presentar en particular a los escritores y las obras más relevantes de la literatura chilena escrita en español como representativos, refiriéndose al mismo tiempo a los respectivos temas y especificando las líneas principales de los diferentes movimientos literarios que se mencionan. Evidentemente el autor distingue y se detiene más ante los autores tradicionalmente reconocidos. Prevalece la presentación de la literatura canónica. Las obras y escritores discutidos han sido elegidos básicamente por ser considerados emblemáticos de la literatura chilena, aunque con una intención de incluir también a otros no tan destacados según el autor, pero esto se hace parcialmente y sólo en la presentación de la literatura chilena del siglo XX. El autor justifica esta decisión con respecto a la tercera parte de su obra (Literatura del siglo XX), explicando que no es fácil dar cuenta cabal en el presente libro de un panorama literario tan rico, por tanto inevitablemente se detiene en las figuras cimeras, a la vez que procura relacionar con ellas a escritores que, “siendo muy dignos, tienen menos relevancia” (98).

De todas formas, notamos que muchos de los escritores a quienes se refiere el autor en la tercera parte de su libro (Literatura del siglo XX), han obtenido el Premio Nacional de Literatura. En el campo literario en Chile es un hecho que los autores que logran dicho premio tienden a transformarse en un referente, generando así la canonización de la literatura chilena. Cabe destacar también que en el caso del distinguido poeta Pablo Neruda, en la parte que se analiza su obra literaria (ver 147-163) se omite mencionar cualquiera de los premios que él obtuvo, sin ninguna justificación. Obviamente es incierto si esto se hizo conscientemente o no, sin embargo, llama la atención, ya que el autor se muestra bastante meticuloso con la citación de los premios

adquiridos por los autores que menciona en su obra, incluso los menos acreditados que Pablo Neruda.

Por consiguiente, una mirada más detenida nos permite anotar que es considerable la existencia de un denominador común entre los autores seleccionados de dicha obra, en todos los géneros literarios. Se trata de un denominador común que está asociado primeramente a un contexto más bien conservador del desarrollo literario nacional, el cual está arraigado a una corriente tradicionalista e incluso aristocrática de la cultura chilena.

Periodización

En cuanto a la organización periódica histórico-temporal, Hugo Montes sugiere una periodización mezclada, que divide la historia de la literatura chilena parcialmente por siglos, parcialmente por género. En general, la estructura de la obra se organiza por criterios cronológicos según los períodos históricos señalados. Así, la historia de la literatura chilena, de acuerdo con esta proposición, comienza con las *Cartas* de Pedro de Valdivia en el siglo XVI, las cuales incluso se consideran “el primer escrito nacido en Chile” (15). Por consiguiente, se sigue la premisa teórica de considerar la Conquista como punto de partida de la literatura chilena, común en las historias de literatura(s) hispanoamericana(s) y/o latinoamericana(s). Se repite, por lo tanto, el anacronismo de entender como primera muestra literaria nacional lo que escribe un extranjero al continente, un conquistador español, proposición que se considera cuestionable y controvertida. La obra continúa con la presentación de la producción literaria de los siglos siguientes en las dos primeras partes del libro. El criterio de periodización hasta aquí es histórico-cronológico. En cambio, la tercera parte, dedicada a la literatura chilena del siglo XX, se caracteriza por el enfoque por género (narrativa, poesía, drama, literatura de ideas), resultado de la tradición occidental.

Observamos que se mantienen y se aplican los antiguos modelos tradicionales de periodización para analizar una realidad histórica y socialmente diferente. Esta forma de

periodizar la historia de la literatura, ocupando los mismos moldes de antaño, simplifica infructuosamente el esquema y al mismo tiempo no aporta el desarrollo de un conocimiento nuevo sobre las modulaciones que presenta el discurso en proceso, sobre sus rupturas y continuidades en términos de producción literaria, como aclara en sus estudios Ana Pizarro (“Introducción”, *La literatura* 28). Se adoptan los cortes típicos de la historia política, como la Conquista, la Colonia, la República. Sin embargo, este tipo de organización periódica, ya canonizada, no explica el proceso mismo del discurso literario, sino que lo remite a cortes externos que no constituyen necesariamente rupturas propias de la literatura (ver Pizarro, *La literatura* 28-29).

Con una simple mirada sobre el índice de los contenidos de la *Breve historia de la literatura chilena*, es aparente la decisión del autor de priorizar espacialmente la producción literaria del siglo XX, a la cual dedica 116 páginas versus 38 y 32 a las otras dos partes. Dicha decisión que privilegia el siglo XX por excelencia no es justificada de ninguna manera por parte del autor y, por tanto, se desconoce si se trata de una opción estratégica, si se hizo conscientemente y por qué razón.

Cabe mencionar en este punto que en la introducción de la tercera parte de su historia, el autor anota que la separación cronológica no es el único índice para estudiar a determinados autores en el siglo XIX o en el siglo XX. En este punto nos da los ejemplos de Guillermo Blest Gana y Baldomero Lillo que los incluye en el siglo XIX, a pesar de su producción literaria a principios del siglo XX, justificándolo así:

[L]a creación artística no se deja encasillar en límites de mera cronología. Cualquier clasificación exige considerar también otros elementos, por ejemplo, la formación del autor y su adhesión interior a situaciones de cultura predominante. (99).

La posibilidad de una periodización, como indica Jacques Leenhardt, requiere una concordancia en las instancias sociopolíticas, culturales y económicas del sector y asimismo precisa un desarrollo más o menos autónomo de la sociedad, junto con una relación orgánica

entre formas de arte y procesos sociales (ver 156). El mismo autor advierte la significación de la ausencia de un concepto de referencia en el que se pueda fundar una periodización de una historia de literatura (ver 157). Antonio Cornejo Polar señala al respecto “la urgencia de replantear las normas de periodización, en condiciones que permitan atender a la linealidad como al espesor de un proceso sustancialmente más denso de lo imaginado hasta ahora” (39).

Deficiencias

Entre las deficiencias en dicha historia, observamos la ausencia total de la literatura indígena que se justifica en el prólogo, como también la ausencia total de la literatura oral. Asimismo, no se menciona nada acerca de otros tipos de manifestaciones literarias chilenas, como por ejemplo la siempre ignorada literatura infantil/juvenil. Dado que en esta obra privilegia la literatura erudita por excelencia, también se omite la mención de la literatura de cordel, conocida también como Lírca o Lira Popular que apareció en Chile en forma escrita en el sector popular a partir de fines del siglo XIX¹, conviviendo con las primeras presentaciones del modernismo.

Prescindiendo de ciertas expresiones literarias en esta obra de historia de la literatura chilena, con las palabras del crítico literario Antonio Cornejo Polar, desde el ángulo peruano con intención de extrapolar:

[E]s evidente que el procedimiento consiste en establecer una imagen de la literatura nacional y en marginar de este espacio a todas las manifestaciones literarias que no coinciden con la normatividad empleada en el diseño de la imagen excluyente. (36-37).

La literatura chilena de mujeres “empieza” en este estudio con la novelista de principios del siglo XX, Marta Brunet, y la reconocida poetisa de la misma época, Gabriela Mistral, sin embargo, se estima dudoso que no hubiera existido literatura femenina antes de dicho período.

¹ El ejercicio moderno de la literatura popular tampoco se considera, ya que se toma en cuenta solo a medida que pueda ser asumido y transformado por la literatura erudita.

Además, en el capítulo “Poetas Contemporáneos” aparecen solamente Eliana Navarro y Rosa Cruchaga como “representantes” femeninas del género poético contemporáneo y se hace una simple mención al nombre de Delia Domínguez.

No se hace referencia a Pedro Lemebel, escritor que adquirió un gran renombre nacional e internacional en las últimas décadas y que es homosexual. Incluso, se omite a Roberto Bolaño, premiado novelista, famoso a nivel internacional con numerosas publicaciones consagradas, los poetas Rodrigo Lira, Claudio Bertoni y otros, que han tenido mayor proyección y han sido vanguardia de una u otra manera a mediados o fines del siglo XX.

Siguiendo en el mismo punto, adicionalmente destacamos la falta completa sin justificación alguna de la literatura vinculada con la vida política y social chilena, como la literatura testimonial, sub-género importante especialmente en la segunda mitad del siglo XX en Chile. Este vacío se debe probablemente, como anotamos anteriormente, a que Hugo Montes opera con un concepto de literatura que se basa en los géneros canonizados en la tradición literaria occidental. Por otro lado, a la literatura del exilio, literatura significativa que se produjo a partir del año 1973 en distintos países del exterior, viendo a Chile desde la distancia y desde una nueva realidad, se dedica solamente un pequeño párrafo de sólo tres líneas en la introducción de la tercera y última parte de la obra (ver 98), sin justificar la razón por la cual no se desarrolla más. Se nota, entonces, una omisión negligente o referencia insuficiente de cualquier forma de discurso literario (o no), relacionado con la experiencia política y social chilena de las últimas décadas, sin ningún tipo de explicación, lo que nos parece una falta desfavorable en dicha historia. Agregamos aquí la omisión de una referencia al distinguido poeta Raúl Zurita (Premio Nacional de Literatura 2000), cuya vida y obra son marcadas por la dictadura militar.

En cuanto al olvido o marginación de las manifestaciones literarias que se alejan de los paradigmas consagrados o no coinciden con el modelo promovido de un determinado momento, Antonio Cornejo Polar (46) señala:

La crítica literaria latinoamericana trabaja sobre *corpus* ilegítimamente recortados. Ciertamente se puede discutir si en determinadas circunstancias no se trata sólo de opciones metodológicas, relativas a la

posibilidad de manejo de una materia compleja, e inclusive cabría debatir la validez o invalidez epistemológica del criterio de unidad, como postulación de la impracticabilidad del conocimiento sobre objetos que carezcan de esa unidad interior, pero en todo caso queda en claro que el recorte básico, que elimina todo lo que no sea literatura culta, y muchos otros recortes sucesivos, son operaciones críticas que tienen un carácter marcadamente ideológico y que esa ideología corresponde, en último término, a los grupos dominantes.

Esta *Breve historia de la literatura chilena* es fundamentalmente una historia de los autores y sus obras, que no hace referencia a las dimensiones de difusión de la literatura discutida, ni desarrolla la función histórica del lector, el editor, el crítico, es decir, no ilumina en absoluto el considerable tema de las verdaderas audiencias, desatendiendo de este modo la significación de los aspectos y condiciones de recepción de la producción literaria presentada. Según Hans Robert Jauss, la literatura y el arte sólo se convierten en proceso histórico concreto cuando interviene la experiencia de los que reciben, disfrutan y juzgan las obras (ver 59).

Por la omisión de ciertos tipos de expresión literaria, de autores y de referencia en las circunstancias de recepción, en esta obra observamos que se relega el hecho que la literatura es producción social, parte integrante de una realidad y de una historia que no son nunca neutrales. Antonio Cornejo Polar señala que es indispensable esclarecer el modo específico de la articulación de una cierta literatura con una cierta sociedad: “Mientras no sepamos cómo funciona socialmente la literatura será prácticamente imposible comprender con rigor el sentido de su desarrollo histórico y hasta sus manifestaciones textuales concretas.” (15). La intención de transmutar lo heterogéneo en homogéneo y lo múltiple en único, común en muchas historias de literatura de Latinoamérica, se hace mediante una “operación mutiladora” según el mismo crítico literario (20), que rechaza la pluralidad social y cultural en la secuencia de la producción literaria nacional.

Habría que procesar ese tipo de estudio historiográfico viendo la literatura chilena en su proceso evolutivo, desarrollando al mismo tiempo un conocimiento sobre su función histórica y

social según cada época, su ubicación dentro de la literatura de América Latina y la literatura general (ver Pizarro, “Introducción”, *Hacia* 10) y considerando las articulaciones, confrontaciones y contraposiciones entre textos y géneros literarios en su contexto social a través de la historia y especialmente, como se mencionó antes, sin “la supresión de toda manifestación literaria que no pertenezca o no pueda ser asumida con comodidad por el grupo que norma lo que es o no es nacional y lo que es o no es literatura” (Cornejo Polar 24) a fin de tener una visión más realista y global al respecto. Del mismo modo, las obras de autores consagrados deberían ser releídas, estudiadas y discutidas desde una nueva perspectiva metodológica, como parte íntegra de la sociedad chilena. Ángel Rama (ver 91) sugiere por un lado la utilización de nuestro punto de vista y nuestra experiencia actual para ver desde ahí el conjunto del movimiento anterior que llega hasta nosotros, es decir, contemplar el proceso literario como una constante evolución creativa y, por otro lado, reconocer las rupturas que se producen en ese proceso y los cambios que ellas promueven.

Conclusión

Dadas las especificaciones en el prólogo, consideramos la *Breve historia de la literatura chilena* aceptable sólo como una obra de historia muy básica y general de la literatura chilena con intenciones didácticas y sin aspiraciones académicas. Ofrece efectivamente una visión sumamente limitada de la producción literaria chilena que puede servir como un esbozo general de una historia de la literatura de este país, dirigiéndose al lector no especializado en literatura. Es una historia sintética, esquemática y por tanto clara, características que le dan, sin duda, una ventaja pedagógica. Desde este punto de vista, cumple con el objetivo que se entiende como una breve visión panorámica de la literatura chilena más destacada, en favor de su comprensión pedagógica y con el fin de despertar en el lector el interés por las obras literarias presentadas.

No obstante, como producto de investigación no propone algo innovador en el campo de la historia de la literatura, ya que ocupa una metodología antigua, sin establecer los vínculos

necesarios, especialmente entre literatura y sociedad chilena. El material se utiliza de una manera tradicional y no creativa. Cabría esperar una visión más original, innovadora, abierta, y global de lo que se ha manifestado en la producción literaria chilena hasta el momento de su edición, dado que se trata de una obra bastante reciente (2009).

Dicha proposición, por consiguiente, no rompe con la tradición en el campo de la historia de la literatura, puesto que la visión del autor y la metodología que sigue son definitivamente conservadoras, permitiendo así su evaluación como una obra normativa, destinada al público general como libro de gran difusión, el cual a su vez da a conocer una imagen de la literatura chilena mediante sus escritores y obras de mayor difusión. En conclusión, no cumple con un compromiso mayor de formular un conocimiento auténtico por medio de una perspectiva nueva que ilumine la realidad literaria en Chile y contribuya al proceso de su transformación. Sin embargo, cumple con el objetivo modesto de una visión resumida y general de la literatura chilena con el propósito de su comprensión pedagógica.

Bibliografía

Cornejo Polar, Antonio. *Sobre literatura y crítica latinoamericanas*. Caracas: Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 1982.

Jauss, Hans Robert. “El lector como instancia de una nueva historia de la literatura”. *Estética de la recepción*. Ed. José Antonio Mayoral. Madrid: Arcolibros, 1987. 59-85.

Kushner, Eva. “Articulación histórica de la literatura”. *Teoría literaria*. Eds. Marc Angenot y Edmond Cross. Madrid, México: Siglo XXI, 1993. 125-144.

Leenhardt, Jacques. “Literatura e historia”. Ed. Ana Pizarro. *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. México, D.F.: El Colegio de México, 1987. 149-167.

Montes Brunet, Hugo. *Breve historia de la literatura chilena*. Santiago de Chile: Zig-Zag, 2009.

Pizarro, Ana. “Introducción”. Ed. Ana Pizarro. *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. México: El Colegio de México, 1987. 9-20.

Pizarro, Ana. "Introducción". Ed. Ana Pizarro. *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: Bibliotecas Universitarias, Centro Editor de América Latina, 1985. 13-67.

Rama, Ángel. "Algunas sugerencias de trabajo para una aventura intelectual de integración". Es. Ana Pizarro. *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: Bibliotecas Universitarias, Centro Editor de América Latina, 1985. 85-97.